



ISABEL LA CATOLICA.

Si no fuese un hecho acreditado por numerosos ejemplos, al contemplar la débil naturaleza de la mujer, nacida para mas humildes ocupaciones, ó por lo menos, condenada á ellas por el hombre, difícilmente se la creería capaz de reinar y de gobernar á los pueblos, es decir, de la mas ardua y difícil de las empresas humanas. El saber, la energía, el tino que se necesita para mandar á masas indómitas y rebeldes, conteniéndolas en los límites de la subordinación, y para promover al propio tiempo su gloria y prosperidad, han persuadido con efecto á muchas naciones que el sexo débil no estaba

criado para tomar las riendas del estado, que el hombre se degradaría cediéndole tan alta prerrogativa, y por lo tanto, han puesto al frente de sus códigos la dura ley que le escluye de la corona. Otras, por el contrario, han igualado á la mujer en esta parte con el hombre, y se felicitan de semejante costumbre, que no solo ha servido para engrandecerlas sin el medio violento de la conquista, sino que tal vez les ha procurado las páginas mas brillantes de su historia.

España ha sido una de estas naciones, y los nombres de Doña María de Molina y Doña Isabel la Católica se

8 de Julio de 1838.

TOMO III.—10 Trimestre.

cuentan entre los que mas honran la dilatada lista de sus soberanos. La primera conservó á su hijo el cetro durante una larga y turbulenta menoría, á pesar de los embates de príncipes ambiciosos y pérfidos, y la segunda fundó aquel poder colosal á que se elevara España en los reinados siguientes.

Para apreciar debidamente todo el mérito de esta esclarecida princesa, es preciso considerar el estado en que encontró el reino cuando tomó las riendas del Gobierno, y como lo dejó á su muerte. Solo así se puede conocer cuan grande hubo de ser la fuerza de su carácter, y cuan eminentes calidades la adornaron. Subió á un trono combatido, vacilante y vilipendiado; y lo dejó firme, respetado y temido: halló una nación disuelta, entregada á la discordia, ó mas bien dilacerada por multitud de tiranuelos, que así oprimían al pueblo, como insultaban á sus reyes, y á su muerte todo era union, concordia y sumision perfecta; permanecía adormecido el espíritu guerrero de los Castellanos, y le infundió nuevo aliento, destruyendo el poder musulman en España, y añadiendo nuevos reinos á los que heredó de sus mayores. Finalmente, las artes, las ciencias y la literatura recibieron un impulso que las sacó del abatimiento en que se hallaban, preparándose la era de gloria y esplendor que les estaba reservada.

Esta princesa, célebre sobre todo por su magnanimidad, por su virtud y por el temple fuerte de su alma, fue sin embargo hija de uno de los reyes mas débiles que ha conocido España, y hermana de otro que á la indulgencia del padre, añadía una perversidad que este no tenía. D. Juan el II y D. Enrique IV que la precedieron, dejaron llegar las cosas en Castilla al último grado de desorden y confusion. Jugó el primero de los próceres del reino, en vano el brazo fuerte de D. Alvaro de Luna quiso contener la disolución que amenazaba al estado y conservar el prestigio de la autoridad real; los esfuerzos de este favorito tuvieron por premio un cadalso, y después de su muerte no hubo ya dique capaz de contener la soberbia ambición de los grandes. Llegó al último punto el desenfreno en el reinado siguiente; y el escándalo de Avila en que ultrajada la esfige del monarca en un público teatro, le despojaron de la corona, probó al mundo que en Castilla no existía ya monarquía, y si solo el gobierno turbulento é injusto de unos cuantos poderosos.

Entre tanto, Isabel que estaba destinada á poner término á tan espantosa anarquía, vivía en el retiro víctima del mal trato y de los caprichos de su hermano.

Habíala dejado su padre, al morir, en la tierna edad de cuatro años no cumplidos, y condujeronla entonces á Arevalo en compañía de su madre y de su hermano D. Alonso tambien niño. Allí vivió hasta los diez años olvidada y en el mayor abandono, ocupándose solo en aprender las labores propias de su sexo. Llevola por fin Enrique á su corte, lo cual en vez de fortuna debió tener á desgracia; pues á no ser por las semillas de la virtud que habian echado profundas raíces en su pecho, bastaron los ejemplos de corrupcion que donde quiera presenciaba, y mas que en nadie en sus hermanos, para pervertir aquel tierno corazon y destruir toda una época de gloria y poderío. Presenció Isabel las liviandades de la reina Doña Juana, la indulgencia é inconsecuente conducta de D. Enrique, el espíritu sedicioso de los grandes, el destronamiento del Rey y la proclamacion de su hermano D. Alonso, y últimamente la temprana muerte de este atribuida no sin fundadas sospechas al veneno; y huyendo de aquel teatro de horrores, se escondió en un monasterio de Avila, donde pudo respirar un ambiente mas puro, meditar sobre los males que acarrecaban á su

patria los crímenes y horrores que habia presenciado, y prepararse á remediarlos cuando pasase á sus manos tan fatal herencia, como ya parecia probable que sucediese.

Con efecto, muerto su hermano D. Alonso, únicamente podia disputarle el trono la princesa Doña Juana sobre cuyos derechos se habian suscitado dudas que al fin inclinaron la balanza á favor de Isabel, si bien, como sucede en todas las cuestiones de sucesion, las armas fueron los últimos jueces que decidieron la contienda.

Teníase á D. Enrique por impotente, y él mismo lo habia acreditado valiéndose de semejante pretexto para anular su primer matrimonio. Esta creencia, unida á la conducta licenciosa de la reina, persuadió á todos que Doña Juana era hija del favorito D. Beltran de la Cueva, por cuya razon recibió el apodo de la *Beltraneja*. Los grandes sublevados, que con la muerte de D. Alonso habian perdido el objeto aparente de su rebellion, ofrecieron la corona á Isabel y quisieron sacarla del monasterio en que se hallaba; mas ella rechazó con indignacion sus proyectos, diciendo que la corona pertenecía á su hermano por todas las leyes divinas y humanas: esta noble conducta fue recompensada poco después en las cortes de los Tóres de Guisando donde el rey la reconoció solamente por heredera de sus reinos, y desde entonces ya pudo pensar en los medios de labrar un dia la felicidad de sus pueblos.

Ocupaban todavia los moros las fértiles regiones del medio dia de España donde existia el reino de Granada, si bien corto en territorio, fuerte por el número y espíritu guerrero de sus habitantes. Dos causas principales habian contribuido á que desde el santo rey Fernando se hubiesen paralizado las conquistas de los cristianos, prolongándose mas de lo probable el dominio musulman en la península: la division de ésta en multitud de reinos independientes y siempre enojigos, y los disturbios y guerras civiles que continuamente los agitaban, principalmente á Castilla. Isabel, aun antes de subir al trono, pensó en remediar la primera causa, y tal fue el motivo de su enlace con D. Fernando, heredero del reino de Aragon, con el cual venian á quedar unidas las dos mas poderosas monarquías españolas. Pero este enlace aconsejado por la política, halló un obstáculo en Don Enrique, que posponiendo el bien del estado á sus pasiones, queria dar á su hermana esposo menos digno. Isabel tuvo que hacer en esta ocasion el papel de una heroína de novela, celebrando en secreto y en pobre albergue, sin pompa y con todas las precauciones del crimen, un himeneo que ponía la piedra angular al edificio del poder y de la grandeza futura de España.

La segunda causa, es decir, la anarquía que devoraba á Castilla, no podia Isabel combatirla hasta subir al trono; pero llegó por fin tan fausto dia, y aquella magnánima princesa puso mano á la obra con un valor únicamente propio de su gran carácter y con un acierto que solo se podia esperar de un genio privilegiado. Como era de esperar, el humor turbulento de los grandes, que con tanto desenfreno se habia mostrado cuando ocupaban hombres el sόlo, no podia permanecer tranquilo empuñando el cetro una mujer en quien se creía sin duda hallar la debilidad propia de su sexo. En breve alzaron el estandarte de la rebellion, con pretexto de sostener los derechos de Doña Juana la Beltraneja; pero la actividad y prudencia de Isabel, ayudada con las armas de su esposo D. Fernando, desbarataron la liga; y la jornada de Toro aseguró la diadema en sus sienes, á pesar de los esfuerzos que para pratejer la causa de su compellidora hicieron Alfonso de Portugal y Luis oncenno de Francia.

Ventilado ya tan favorablemente el asunto de la su-

cesion, ocupóse Isabel en asegurar la tranquilidad interior del reino y restablecer el orden. La clemencia fue el primer medio que empleó para ello, perdonó generosamente á los grandes rebeldes, pero el perdonarlos, adoptó las precauciones que su política le dictaba para contener en adelante sus demasías. Recorrió unas provincias, envió comisionados á otras, restableció por todas partes la justicia, tuvo particular cuidado y sumo acierto en la elección de magistrados y funcionarios públicos, abolió multitud de privilegios con que los nobles abrumaban al pueblo, declaró nulas en cortes las gracias que su hermano había concedido á los ricos-hombres, enajenando de la corona dominios inmensos que volvieron á ella para aumentar sus rentas, reanímó el exausto erario con la prudente economía y buena administración de los caudales, prohibió que se reedificasen los castillos y fortalezas en el interior del reino, quitando así estos focos de rebelión, acostumbró á los próceres á que educasen á sus hijos en la corte al lado del monarca, reunió á la corona los maestrazgos de las órdenes militares, cuyo poder rivalizaba con el de los reyes; y finalmente, organizó la fuerza pública, creando la santa hermandad, especie de milicia popular, con su jurisdicción propia, para perseguir los malhechores, castigar los crímenes, y proteger al pueblo contra tantos enemigos como por todas partes le hostilizaban y oprimían. A merced de tan sabias providencias, Castilla respiró, y el amor de los súbditos, debido á la gratitud, recompensó los afanes de tan virtuosa princesa.

Habra quien crea que este acierto en el reinado le debió Isabel á los consejos de su esposo Fernando; pero sin que sea desconocer las grandes calidades que adornaban á este príncipe, justo es decir que su influencia fue generalmente mas bien perjudicial que útil en el gobierno de Castilla. No poseía Fernando aquellas virtudes que tanto resplandecían en su augusta consorte; prudente, sí, y profundo político, carecía de la dulzura que en Isabel ganaba los corazones: desconfiado á par que doble en sus tratos, áspero de carácter, desconocía la magnanimidad, la clemencia que tan bellas son en un soberano, y se inclinaba con frecuencia á medidas de rigor que Isabel resistía ó templaba oportunamente. Esta, por otra parte, nunca olvidó que era la verdadera reina de Castilla; y si bien respetaba á su esposo, si bien buscaba y oía con deferencia sus consejos, siempre obró como única soberana, y solo á ella se le debe atribuir todo el bien que hizo.

Puesto el orden debido en la gobernación del reino y reparados los antiguos males, creyó Isabel que era llegado el tiempo de lavar el borron de España, arrojando de ella para siempre á los musulmanes; y á este efecto, solo esperaba una ocasión oportuna para mover guerra á los moros de Granada, y no dejar las armas de la mano hasta tremolar los pendones de la cruz en las torres de la Alambra.

Procuraron en breve esta ocasión los mismos enemigos, que engreídos con el olvido en que los tenían los cristianos, atribuyéndolo á impotencia, se atrevieron á romper las treguas, y entrando en Castilla, se apoderaron por sorpresa de Zahara. Este rasgo de perfidia conmueve á todo el reino, y el intrépido marqués de Cadiz, valando el primero á la venganza, repara la pérdida de Zahara, tomando por asalto á Alhama, casi á las puertas de Granada; y desde aquel momento empezó una larga lucha de diez años, fecunda cual ninguna en hazañas portentosas, y que terminó por la rendición de la populosa ciudad tras la que suspiran todavía desde las costas berberiscas los desterrados hijos de los antiguos dominadores de España.

Propio era de Fernando el conducir esta guerra, é hizo lo con todo el denuedo y acierto que era de esperar de un príncipe belicoso; mas no tuvo menos parte Isabel en el buen éxito de la empresa: antes bien, á no ser por su inalterable constancia y la gran fuerza de su carácter, hubiérase quizás abandonado mas de una vez, en vista de los grandes obstáculos que ofrecía, y hasta de los descabros que las armas cristianas experimentaron. Los cerros de Málaga, los campos de Loja, los contornos de Baza fueron el teatro de lastimosas escenas donde pereció la flor de los guerreros castellanos; ya desmayaba el rey cuya alma fría solo calculaba las pérdidas y las dificultades; pero Isabel acude y le infunde á él y á todo el ejército el ardimiento que la anima. Intentase abandonar á Alhama, pero Isabel decreta su conservación á todo trance; abate al soldado la porfiada resistencia del enemigo y sus largos padecimientos, é Isabel acude á participar de sus fatigas, á dormir en los mismos campos, á sufrir las mismas privaciones, á presenciarse su combates y correr iguales peligros; el ejército está exausto de víveres y pertrechos, é Isabel los reúne con presteza abriendo nuevos caminos para conducirlos; escasean los recursos pecuniarios, é Isabel empeña hasta sus propias alhajas; devora un incendio el campamento de los reyes católicos delante de Granada, é Isabel le manda reemplazar por una ciudad que se alza como por encanto, para testificar al Moro que no le queda ya ninguna esperanza sino morir ó rendirse. Rindióse con efecto, y la heroica Isabel gozó del infalible placer de un triunfo debido á su virtud, constancia y ardimiento.

Y como si no bastase esta gloria á tan esclarecida princesa, al propio tiempo que reunía á sus dominios los últimos restos del poder musulmán en España, abría nuevo campo al valor de los castellanos, en un mundo desconocido cuyo descubrimiento iba á procurar un vasto imperio á sus sucesores y una revolución asombrosa en todo el orbe. Presenciaba Colon la rendición de Granada, siguiendo á la Corte y ofreciéndole sus servicios ya despreciados en Génova, Francia, Inglaterra y Portugal; y poco atendido hasta entonces en España. Su constancia, que solo hallaba igual en la de Isabel, no desmayaba por tan repetidos disgustos; pero los grandes genios cuando se encuentran se entienden, y estaba reservado á aquella princesa el apreciar los designios de un hombre tenido por visionario. Isabel favorece los proyectos de Colon, los adopta a pesar de la oposición de Fernando: no tiene dinero y vende sus brillantes para suministrarle naves; y el ilustre marino vuelve al cabo de siete meses á poner á los pies de sus soberanos un nuevo mundo, asombrando al antiguo con la relación portentosa de sus descubrimientos. A pesar de todo, hubiera esta expedición quedado infructuosa para España, á no ser por la misma Isabel, constante siempre en favorecer á Colon y suministrarle auxilios para sus empresas, así como fue hasta su muerte la mas decidida protectora de los indios. Solo cuando la tumba encerró sus despojos, empezaron las atrocidades que han afeado la conquista de aquellas dilatadas regiones; y solo tambien entonces recayó sobre España el borron de haber arrojado á una prision, con negra ingratitud, al descubridor de las Indias.

Cumplida estaba la obra para que el cielo parecía habia destinado á Isabel. Unidos los dos reinos mas poderosos de España para formar una vasta monarquía, preparada tambien la reunion á ella de Portugal y Navarra con enlaces oportunos, arrojados los moros de la Península, destruida la anarquía interior, contenido el ánimo inquieto de los grandes, establecido el orden en todas partes, vigorizado el poder real, y abiertas las puertas del

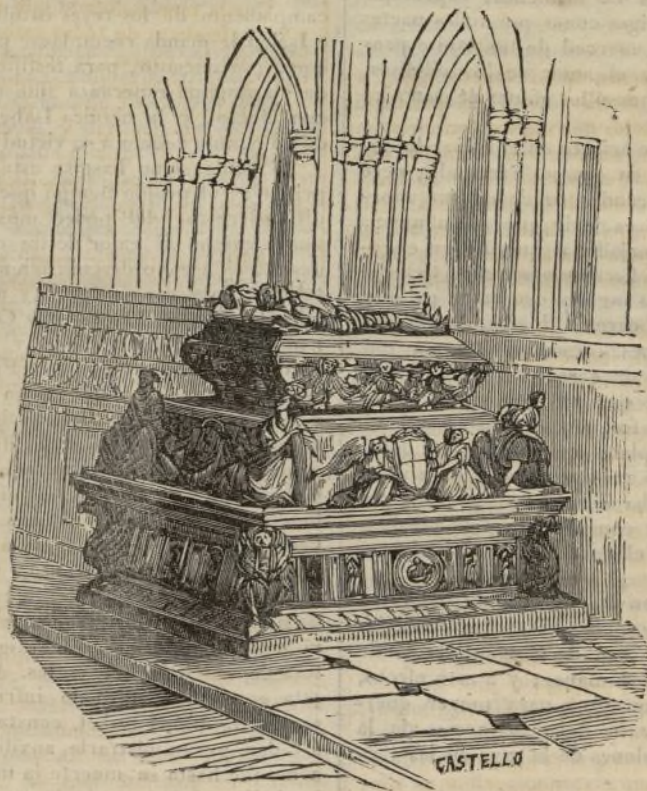
nuevo mundo, ninguna gloria le quedaba que apetecer á tan ilustre princesa, para ser colocada entre los mas grandes monarcas.

Sucesos grandes ocurrieron durante los últimos años de su reinado: sucesos que bastarian para inmortalizar á otros reyes; pero aunque brillantes para España, aunque contribuyeron á aumentar su poder y á esparcir por Europa el terror de sus armas, no fueron ni tan beneficiosos al pais, ni acompañados de aquella gloria real y efectiva que procede de la justicia de la causa y del fin honroso á que se dirijen. La conquista de Italia, obra mas bien de Fernando que de Isabel, mas acorde con la política de aquel que con la de esta, ha sido mas perjudicial que provechosa á los españoles. Distraídos así del verdadero objeto á que debian dedicar sus esfuerzos para adquirir un poder compacto é incontrastable, abandonaron lo que mas les interesaba, por correr tras un laurel efímero, y desgastar durante los siguientes reinados, en favor de intereses ajenos, las fuerzas y los recursos que el genio de Isabel habia creado.

Sin embargo tan glorioso reinado fue deslucido por

dos hechos funestos para España. La espulsion de los Judíos la privó de inmensas riquezas y de un número crecido de habitantes industrioses; y el establecimiento de la inquisicion, aunque nos libertó tal vez de las guerras religiosas que afligieron á otras naciones, influyó tristemente en la índole de estos pueblos, y mas tristemente en sus progresos intelectuales. Pero aquellas dos providencias, mas bien que de Isabel fueron obra de su siglo; pues hasta los genios mas grandes difícilmente se libentan del irresistible influjo de las ideas dominantes.

Sin embargo el celo religioso de Isabel no era ciego ni fanático; y al paso que respetaba á los ministros del altar, sabia cuidar de que no traspasasen los límites debidos. Prueba de ello fueron los clérigos de Trujillo, cuyos excesos contuvo aquella piadosa reina; la chancillería de Valladolid, cuyos ministros fueron depuestos por haber admitido indebidamente apelaciones á la silla apostólica; la reforma de las órdenes religiosas cuya conducta servia de escándalo; y la anulacion frecuente de provisiones eclesiásticas hechas por la curia romana á quien procuró siempre tener á raya.



(Sepulcro de los Reyes Católicos, en Granada.)

Isabel bajó al sepulcro despues de un glorioso reinado de casi treinta años, llevándose consigo las lágrimas del profundo dolor y sentimiento de sus súbditos; y una prueba de que todo el bien que se habia hecho durante su vida se debía á ella sola, es el desconcierto en que volvieron á verse los negocios del reino despues de su muerte.

Hallábase dotada esta princesa de presencia magestuosa y de todas las prendas que, separadas regularmente en los dos sexos, se encontraron por una combinacion feliz reunidas en ella. Tenia del hombre la fortaleza de alma,

el valor, la constancia, la profundidad de ideas; y de la mujer, la sensibilidad, la dulzura, el pudor y la modestia. Si grande fue sobre el trono, mas admirable se mostró todavia en su vida privada, en la que debe servir de ejemplo á las madres de familia. Amó á su esposo con entrañable cariño, y se desvivió por sus hijos, cuya muerte afligió á tal punto su corazon, que apresuró la suya. Austera en su modo de vivir, su templanza era excesiva; y así se mostraba sencilla en el vestir, como parca en la mesa, no pasando nunca de una decorosa mediania. El tiempo que no empleaba en arreglar los asuntos del

Estado lo dedicaba á ejercicios piadosos ó á las tareas domésticas de que no por ser reina se creía dispensada. Veíase rodeada de sus damas, entregarse á las labores propias de su sexo; y se vanagloriaba de que nunca su marido se habia puesto una camisa que no fuese hilada por sus manos.

Su memoria será eterna en los fastos de la historia, y sobre todo grato su nombre á los españoles.

Bellas Artes.

SOBRE EL NUEVO ESPECTÁCULO

EL DIORAMA [1].

Los adelantamientos modernos de las ciencias físicas en combinacion con los de las bellas artes, han producido una clase de espectáculos de los que seguramente estaban muy lejos nuestros mayores, cuando con el auxilio obligado de lentes de aumento querian violentar su imaginacion á representarse la verdad de la naturaleza. Estaba pues reservado á la Europa moderna el dar en este como en otros puntos un paso tan agigantado que difícilmente puede sospecharse que haya dejado nada delante de sí.

La primera invencion de este nuevo género de espectáculos, diversificados en sus accidentes aunque casi iguales en su mecanismo, fue el *Panorama* (de que ya hemos hablado á nuestros lectores en el núm. 71 del Semanario), que fue inventado por un alemán, el Doctor *Breyssig* de Dantzig. En 1793 ya se expuso en Edimburgo un *Panorama*, por Roberto Barker, y en los primeros años del siglo actual un americano, Roberto Foulton, fue el primero que hizo conocer este espectáculo en la capital de Francia.

El entusiasmo que produjo el *Panorama* no pudo dejar de escitar la emulacion y la envidia de muchos imitadores de París, ciudad ávida de novedades y que tan pronto sabe agotar los recursos del ingenio. Una corta nomenclatura de los nombres adoptados por muchos de estos espectáculos (nombres en cuya composicion entra siempre como obligada la voz griega *horama* (vista), dará á conocer á nuestros lectores la mania imitativa que se apoderó de los parisienses y la fecundidad de los especuladores de su curiosidad.

A imitacion pues del *Panorama* (compuesto de las palabras griegas, *pan* (todo) y *horama*, (vista) *Vista del conjunto*, porque representa toda una ciudad; vino después el *Cosmorama*, de *Kosmos*, universo, y *horama* (vista del universo), porque era una coleccion de vistas ópticas de diversos paisajes y pueblos del mundo—el *Pansteriorama*, de *Pan*, todo, *Stereos*, sólido, y *horama*, (galería topográfica en relieve de diversas ciudades.)—El *Alporama*, ó vista de los Alpes—el *Cosmo-*

mecánicos, espectáculo de física experimental y de fantasmagoría—el *Diaphanorama*, ó vistas transparentes, de varios sitios pintorescos—el *Pyrroorama*, exposicion de vidrios transparentes, con un mecanismo de música singular—el *Diorama*, de *Dios* (luz), y *horama*—el *Uranorama* ó movimiento de todos los cuerpos celestes—el *Europorama*, ó vistas de Europa—el *Georama* de *Ge*, tierra, y *horama*, ó vista de la tierra, que consistia en una esfera colosal de mas de cien pies, en que estaban representadas todas las partes del mundo, y á que se daba vuelta por una galería circular—el *Neorama*, de *Neos* templo, y *horama*, ó vista del interior de un templo.—Hay ademas el *Peristrephorama*, el *Autorama*, el *Ciclorama* (que no son mas que panoramas móviles), y otros infinitos nombres tan exóticos como los ya dichos.

Pero de todo ello se infiere que tan diversas clasificaciones hechas mas bien con el objeto de escitar la curiosidad pública, pueden reducirse á dos, á saber; el *Panorama*, que consiste como queda dicho, en la vista de toda una ciudad presentada en un lienzo circular, y el *Diorama*, que no es mas que la vista de un sitio mas determinado, ofrecida simplemente al espectador sobre un plano vertical.

Queda pues asentado que el *Diorama* es la perfeccion y complemento de todos estos espectáculos, por la magnitud de las copias, la minuciosa exactitud en los detalles, y la armoniosa combinacion de la luz natural; y principalmente cuando se propone trasladar la vista interior de un templo (*Neorama*) nada deja que desear á la imaginacion, que en vez de violentarse para dejarse llevar de la ilusion tiene que trabajar para persuadirse de que lo que mira no es verdad.

Este espectáculo, pues, el *Diorama-Neorama*, es el que hoy se ofrece al ilustrado público de esta capital, en la magnífica *vista interior del Templo del Escorial* ejecutada por el profesor D. Juan Blanchard, y expuesta al público en un edificio construido al intento contiguo á la fábrica Platería de Martínez.

Pocas son todavía las capitales de Europa en donde puede disfrutarse de semejante espectáculo, pues lo escaseo de su coste y gran dificultad de su combinacion artístico-científica, hacen muy rara la ocasion de reunirse todos los elementos necesarios. Por fortuna Madrid puede ya contar este título mas entre las singulares bellezas que le adornan, y los que hayan tenido ocasion de ver el *Diorama* en Londres y en París se hallan ya en el caso de poder comparar el mérito artístico del *Diorama* de Madrid con los que han conseguido por muchos años atraer la pública curiosidad en aquellas capitales.

La comparacion, á nuestro entender (que tambien podemos hablar con concimiento de causa por haber visto aquellos) no resultará en mengua del de el *Templo del Escorial*. Si hemos de juzgar por la impresion que aun conservamos de su vista no puede llevarse mas allá la imitacion de la verdad. Colocados en la magnífica tribuna dispuesta para recibir á los espectadores, vimos desplegarse á nuestra vista la obra colosal de Juan de Herrera; miramos, palpamos, por decirlo así delante de nosotros, el espacioso coro con su magnífico cielo de Lucas Gangiaso, la preciosa sillería corintia, el gran facistol, los bellos órganos y riquísima araña de cristal; contemplamos por bajo la espaciosa nave de la Iglesia, sus capillas y retablos, y alla en el fondo el grande altar con toda la minuciosidad y riqueza de su decoracion. La luz natural del día con sus diversos cambiantes iluminando alternativamente, ya una parte, ya el todo de la iglesia, nos convencía mas y mas de la realidad, y el sonido del

(1) La entrada por la calle de la Alameda, contiguo á la fábrica Platería de Martínez.

órgano, y el humo del incienso que mirábamos perderse en las altas bóvedas, llegaba á inspirarnos aquel silencioso respeto que la suntuosidad del templo infunde en el alma religiosa.

Bajamos despues al Panteon Regio, representado igualmente con la mayor exactitud, y á la vista de las urnas que contienen los despojos mortales de nuestros monarcas, nuestra consideracion giró por distinto rumbo, siempre sobre el supuesto de que lo que veíamos era la verdad.

Vimos despues las otras tres perspectivas transparentes (*Diaphanorama*) que se han dispuesto para mas amenizar el espectáculo, y que representan el mismo Monasterio del Escorial visto en todo su conjunto, el interior de la Iglesia de Nuestra Señora de Atocha de esta corte y la capilla de Guillermo Tell en Suiza; y si bien reconocimos la belleza de su ejecucion, nuestros pies naturalmente volvieron á llevarnos al Diorama deseosos de no debilitar la impresion que nos habia producido.

Los periódicos diarios han dado cuenta de la visita que SS. MM. se dignaron hacer al Diorama en la tarde del 30 de Junio último y del brillante recibimiento y funcion que con este motivo dispuso el coronel D. Pablo Cabrero, dueño de la fabrica Platería de Martínez; á cuyos sacrificios y buen gusto, unidos á la inteligencia del apreciable artista el Sr. Blanchard, debe hoy el pueblo de Madrid poder disfrutar de un espectáculo que hasta ahora estaba reservado á las tres ó cuatro primeras capitales de Europa.

LA ERUDICION.

La manía de parecer eruditos tiene estropeados muchos buenos entendimientos, porque generalmente se cree que el *saber* consiste en tener almacenadas en la cabeza gran porcion de cosas; error funesto, nacido como otros infinitos de la significacion no bien fija de las palabras, y asi se dice de algunos eruditos ignorantes, y hasta tontos, que *saben* mucho. La vanidad ayuda no poco á esto, persuadiendonos que la ostentacion de una vasta lectura, aunque indigesta, nos ganará reputacion de hombres sabios y entendidos. Pero la erudicion sin el raciocinio ó el discurso viene á ser de todo punto inútil, como que no es otra cosa que la memoria sin el entendimiento. Para demostrar esta verdad, apliquemos la observacion á los casos particulares.

Hay un hombre que ha leído, por ejemplo, mucha historia; pónese á hablar delante de una numerosa concurrencia, y deja á todos atónitos refiriendo que el mismo día en que nació Cyro le salió á Astiages un grano detrás de la oreja izquierda; que Antígono era tres pulgadas mas alto que su hijo Demetrio Poliorcetes; y que el año 512 antes de J. C. en que tuvo principio el reino de los Seléucidas fue de mucha sequia en Asia y abundante de lluvias en Europa. Habla de la fundacion de Roma, despues de haber notado que Rómulo tenía las pestañas extraordinariamente largas, y pinta á Manlio Torcuato como si hubiera sido su compañero de colegio. Se lamenta de la humillacion de las horcas caudinas como del lance mas pesado de toda la guerra de los Samnitas, y observa que el cartaginés Annibal no habia cumplido 10 años cuando le empezaba á apuntar el bozo. De la misma manera

trata la historia de la edad media, refiere curiosos pormenores de las cruzadas, y yendo y viniendo de Oriente al Occidente da razon de mil insignificantes niñerías. De los sucesos de España no hay que hablarle, porque nadie como él sabe cuantas veces se lavaba la cara. Don Alonso el sabio, de que provino la cicatriz que Doña Leonor de Guzman tenia en una pantorrilla, y si Bárbara de Blomberg fue ó no la verdadera madre del héroe de Lepanto.—Con tan singulares y copiosas noticias, á todos suspende y maravilla la portentosa erudicion histórica de nuestro hombre; pues á pesar de todo, maldito el provecho que el buen erudito ha sacado de toda su lectura. Ni él ha estudiado en la historia el progreso de la civilizacion, la variacion de las costumbres, los adelantamientos de las artes y las ciencias; ni él ha observado como los pueblos vencidos y subyugados han podido alterar el idioma, y los usos de los vencedores; ni el sabe dar razon de la influencia que han tenido los grandes sucesos, como el nacimiento de la religion cristiana, y el descubrimiento de la América, ó las invenciones notables como la de la brújula, la pólvora, y la imprenta. Ignorando todas estas cosas ¿de qué sirve la erudicion histórica? ¿Qué aprovecha el tener en la memoria revoluciones, trastornos, conquistas, batallas, mudanzas de imperios, muertes de reyes, destruccion de dinastías, ligas, tratados y negociaciones diplomáticas, á quien on tiene discernimiento y raciocinio para sacar de aquí consecuencias importantes, para conocerse á sí mismo y á los demas hombres, para conjeturar el porvenir por lo pasado, para convencerse de que la felicidad de los individuos, de las familias, de los pueblos, y de las naciones solo puede fundarse en la virtud, en la paz, en el saber y en el trabajo?

Pues lo mismo que la erudicion histórica es la erudicion literaria, cuando está reducida á saber de coro el libro IV de la Eneida, dos sátiras de Juvenal, y la epístola á los Pisones; á recitar con énfasis largos trozos de la *Divina commedia* ó de la *Giornalema liberata*, ó de la *Henriada* de Voltaire ó de las tragedias de Racine. Ni esto, ni el tener en la cabeza diez romanceros, toda la Araucana, la Circe de Lope, y las mejores escenas de Calderon, Tirso, y Moreto, prueba que haya disposicion en aquel hombre para estudiar la literatura con provecho, ni para producir en ninguno de sus ramos cosa que en diez leguas alcance á los sublimes modelos que tiene alia en la memoria almacenados.

En una palabra: leer mucho sin usar de la lógica y de la critica, del juicio y la recta razon, es como viajar recorriendo muchos países sin observarlos ni compararlos unos con otros, en sus leyes y costumbres, en sus climas y producciones naturales, en el estado de la civilizacion y de la industria.

Se debe pues leer y estudiar mucho, no para aprender pasajes enteros de los libros y nombres de sus autores (que es lo que vulgarmente se llama erudicion), sino para observar exactamente los HECHOS, eslabonándolos por la legítima generacion de las ideas, y deduciendo de ellos consecuencias verdaderas y de aplicacion exacta y útil á las necesidades de la vida. Esto es lo que se llama SABER; esto y no la mera erudicion lo que produce los adelantos, las invenciones, y los descubrimientos en la literatura, en las ciencias y en las artes.

ROMANCE.

EL TIEMPO PERDIDO.

Con ínsulas de poeta
me levanté esta mañana,
muy desenvuelto de pluma,
muy hosco de consonancias.

Con la eleccion vacilante
entre el Tasso y el Petrarca,
entre Boileau y Victor Hugo,
entre Argensola y Alcázar.

Del clásico ó el romántico
sin saber qué estilo usara,
dispuesto á hacer de uno y otro
pepitoria ó ensalada.

Púsemela á escoger asunto,
y tan estéril me hallaba,
que me devané los sesos
sin aprovechar la hilaza.

Enélico hubiera escrito,
por cierto de buena gana,
que es recurso de copleros,
aunque de poca sustancia.

Más esta y de enamorado
tan lejos ya, por desgracia,
que ni sé de torpezas,
ni pender de tales ansias.

Ni acierto á hablar de suspiros,
ni de fuegos, ni de llamas,
ni de llantos, ni de penas,
ni de celos, ni esperanzas.

Ni sé comparar al sol
el semblante de una dama,
pues para mí cualquier rostro
es solamente una cara.

Ni puedo llamar luceros
los que solo ojos se llaman,
y gracias si es que no atisbo
por allí tal cual legaña.

Ni hay ya para mí en los labios
púrpura, coral, ni grana,
sino labios, así á secas,
á no ser que tengan babas.

Ni tomo perlas por dientes,
que es maldecida ganancia
para surtido de huesos
comprar provision de nácar.

Ni del cabello rizado
quiero escribir alabanzas,
que suelen ser bienes muebles
los que raíces se ensalzan.

Ni alabo el turgente seno
si el tacto no da fianzas,
porque el corsé no se ría
de mi simpleza en mis bárbas.

Ni sobre el esbelto talle
me atrevo á decir palabra,
que el arte y los poliones
suelen dar burlas pesadas.

Ni encomio el pie por pequeño
sin admitir la probanza
al zapatero que aprieta,
y al juanete que lo aguanta.

Por eso no canto amores,
amen de otras muchas causas,
que por prudencia se ocultan,
ó por vergüenza se callan.

Dicen que del agua fría
el gato escaldado escapa;
yo recelo el gana-pierde
siempre que juego á las damas.

En tan fiera incertidumbre
se me pasó la mañana,
y por no escribir de amores
vine á no escribir de nada.

Me atendré, pues, á la prosa,
que es cosa sencilla y llana,
y para escribir simplezas
con humilde prosa basta.

A. M. S.

LAS DILIGENCIAS INGLESAS.

Lo primero que sorprende al viajero que llega á Inglaterra es la esquisita comodidad de los caminos y la magnificencia de los carruages públicos. Puede compararse á los primeros con las calles bien arenadas de un jardín, y á los segundos con carrozas elegantes de paseo que jiran suavemente sobre aquellas sendas lisas y cómodas. Lo que completa la ilusion es el modo con que estan colocados los viajeros. Van como colgados sobre angostas banquetas de un modo tan violento, que no puede creerse que intenten hacer un largo viaje en tan singular postura. Sin embargo, el *stage-coach* así cargado corre sin descansar distancias tales como de Londres á Edimburgo, es decir, un espacio de 400 á 150 leguas. No haya miedo que ningún viajero se deslice de su asien-

to aéreo, ni que nada se queje de la recia lluvia que en un país en que el cielo está constantemente envuelto en nubes, no puede menos de caer por algunas horas durante una travesía que necesita mas de cuarenta y ocho.

Salen cada día de Londres mas de 1400 diligencias de esta especie para todos los puntos del reino; y calculando 16 personas en cada una, resulta un movimiento diario de 22000 viajeros sin contar las sillas de posta, y los que van á caballo y á pie. La rapidez regular de un *stage-coach* es de 9 á 10 millas por hora, cerca de 4 leguas.

Los conductores de carruages públicos forman en Inglaterra una clase aparte, y ninguna otra puede hacer que se forme una idea mas exacta de lo que es *John*

Bull, (el pueblo inglés.) El cochero de un *stage-coach* es un hombre muy alto y rehecho, con la cara encendida; él es quien ha renovado la moda de las antiguas botas de campana, é inventado la de los sombreros á guisa de paraguas; lo demas de su traje es de paño grueso pero holgado, y de modo que en nada embaracen los movimientos de sus pies y brazos. Este es su retrato material. En cuanto á lo moral, no hay personage mas grave y mesurado que el cochero de un *stage-coach*. Su pescante es un trono, y esto lo sabe él muy bien; y si hay alguno con quien pueda compararse son los cuatro caballos de pelo liso, de cuerpo vigoroso y de pies sueltos y nervudos á quienes mira como á ministros de su movable imperio.



(Una diligencia inglesa.)

Las diligencias francesas son los muebles mas incómodos y retrógrados que pueden figurarse, no por su configuracion, que es la misma que la de las españolas, sino por la pesadez con que son arrastradas por cuatro malísimos caballos y un insolente conductor, que parece tiene la consigna de hacer mas insoportables á los viajeros las naturales incomodidades de un viaje. Por eso todo el que quiere hacerlo por Francia con alguna co-

modidad trata de verificarlo en carruage propio, ó en silla de posta, con el correo.

Las diligencias españolas han sido desde su principio modelo de comodidad y buen servicio; pues ademas de su excelente construccion é inteligencia de los mayores, permiten la comodidad de descansar seis horas diariamente, y no por eso andan menos que las francesas, que no hacen parada por las noches.

Se suscribe al *Semanario Pintoresco*, en Madrid en la librería de Jerdan calle de Carretas, y en las provincias en las administraciones de correos.—Precio de suscripcion en Madrid y Provincias.—Por un mes cuatro reales.—Por tres meses doce reales.—Por seis meses veinte reales.—Por un año treinta y seis reales.

MADRID: IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN.